

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO, *Medicina fantástica del espíritu*, edición de Emilio Palacios Fernández, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, 233 págs.

Emilio Palacios Fernández, que tantos libros y ensayos ha dedicado a la literatura española del siglo XVIII y en particular a Samaniego, acaba de publicar, en ágil edición, precedida de un puntual y amplio prólogo, una obra poco conocida del polígrafo alavés, que debe su fama sobre todo a sus *Fábulas en verso castellano*. Se trata de *Medicina fantástica del espíritu y espejo teórico-práctico en que se miran las enfermedades reinantes desde la niñez hasta la decrepitud, con recetas y aforismos que suministra la moral, escrita en metro joco-serio y prosa*, y se editó en Madrid por Pantaleón Aznar en 1786. El estudioso, en el prólogo, puntualiza haber sido el primero en rescatar este texto que ha hallado en la Biblioteca Nacional de Madrid, puesto que apareció en la edición completa de las obras de Samaniego (2001) realizada por él mismo, que también la puso en el portal del autor de la Biblioteca Virtual Cervantes, donde todavía puede consultarse.

La obra, como se lee en la portada, se debe al Dr. Don Damián de Cosme, pseudónimo que recuerda al que utilizó, en algunas ocasiones, Samaniego: Cosme Damián. Este hecho lleva a Palacios Fernández a atribuirle la autoría del trabajo, apoyándose también en el testimonio de Jovellanos que, tras una visita al fabulista en 1791, en su *Diario* alude a dicho escrito.

*Medicina fantástica del espíritu* es una suerte de tratado, en verso y prosa, de breve extensión pero de notable originalidad que, según su editor, pertenece con pleno derecho a la poesía didáctica española del Dieciocho, aunque no se mencione en los más destacados estudios realizados sobre el género (pp. 44-45). Definido por Palacios Fernández como “manual sobre el comportamiento humano en clave reformista” (p. 57), el texto encaja plenamente con la ideología ilustrada de Samaniego, que resalta no sólo en toda su producción literaria, a la que Palacios dedica interesantes páginas, sino también en su actividad docente en el Seminario de Vergara y en su amplio conocimiento de las obras de los más importantes autores ilustrados europeos, entre ellos Rousseau, Rollin y Ballexert. El tratadillo testimonia y confirma la plena confianza de Samaniego en la

educación, por considerarla, como todos los ilustrados, fundamental instrumento para mejorar a la sociedad y hacer progresar a una nación.

La obra se articula en tres partes, “libros”, según tres períodos de la vida del hombre –niñez, juventud y madurez, vejez– que constan respectivamente de cuatro, ocho y cuatro capítulos. Burlándose de los médicos, tradicionalmente blanco de sátiras debido a su propensión a matar a sus pacientes, en vez de sanarlos, Samaniego, que dedica el trabajo a los santos Cosme y Damián, que ejercieron esta profesión, también se mete a médico, pero, distanciándose irónicamente de la categoría, afirma que su único intento es el de sanar las enfermedades de la sociedad de su tiempo, aunque se trata de enfermedades no físicas, sino morales. La manera en que lo hace es muy articulada: cada uno de los capítulos de la obra va encabezado por un título que indica la dolencia que el autor quiere curar, a continuación hay un aforismo, en prosa, que explica el problema, a éste sigue, en verso, la descripción de la enfermedad, o sea de un vicio o de una mala costumbre social, acompañada por otro aforismo, para terminar con la receta, también en verso, en la que Samaniego sugiere los remedios más aptos para sanar la enfermedad moral. Los vicios y defectos señalados por el autor, que censura a la sociedad entera, sin distinción de estamento y de sexo, no son diferentes de los que la mayor parte de los escritores ilustrados, entre ellos Fernández de Moratín padre, Iriarte, Cadalso, Jovellanos, Clavijo y Fajardo, critican en sus obras que seguramente el fabulista conoció. Así, entre otros muchos asuntos, Samaniego censura la mala educación de los niños, sugiriendo a sus padres que desde su infancia los moderen, pero sin infundirles miedo; critica, en el capítulo dedicado a los mayorazgos, de los que ya había hablado en un tratadillo en prosa, la mala conducta de los nobles, en particular su escasa dedicación a los estudios; condena el arbitrio de los padres que quitan a los hijos la libertad de elegir a su pareja y, sobre todo, que los empujan a profesar sin una auténtica vocación, hasta afirmar rotundamente que, en este caso, la desobediencia no sólo es consentida, sino “obra meritoria” (p. 182).

En opinión del editor, la composición responde a los requisitos propios de la sátira clásica, descrita por Luzán en su *Poética*, pero resalta su originalidad dentro del género (p. 80). En efecto, no faltan en ella, al lado de críticas de tono punzante, pero festivo –como, por ejemplo, la del ridículo petimetre–, otras de tono serio y grave, como es el caso de las dirigidas a la vejez, en donde, junto a la burla del

anciano que corteja a las jóvenes, o de las viejas que intentan rejuvenecerse, asoman pensamientos filosóficos acerca del último destino del hombre. A este propósito, Palacios Fernández afirma que Samaniego “era poco religioso” (p. 76) y explica los problemas que tuvo con la Inquisición. No es fácil, en este terreno, aclarar la verdad escondida en el corazón de cada individuo. Si es cierto –y bien lo demuestra la *Descripción del Desierto de Bilbao*– que el fabulista polemizó en contra de una Iglesia más pegada a los bienes materiales que a los espirituales, en unos pasajes de *Medicina fantástica* alude a un más allá en donde nuestra conducta va a ser juzgada, casi sugiriendo, en mi opinión, que ser “hombre de bien” no sólo garantiza una vida mejor en este mundo, sino también la salvación en el otro.

*Medicina fantástica del espíritu* merece plenamente ser conocida por quien, especialista o menos, quiere profundizar en su conocimiento de las costumbres españolas del siglo XVIII y de la ideología ilustrada, y hay que darle las gracias a su editor por ofrecernos una lectura tan agradable y provechosa.

PATRIZIA GARELLI  
*Università di Bologna*